

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



Cecilia Alferrina
Biblioteca Universitaria

17



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1976

la concepción del hombre constituyen una base importante no sólo para el diálogo, sino para una comprobación de la unidad de la experiencia humana más allá de todas sus diferencias regionales, raciales, religiosas e ideológicas.

Nos parece de suma importancia tomar conciencia de esta amplia base común, cuando llegamos a lo más profundo del ser humano. Creemos que no se atiende suficientemente a esta identidad fundamental de problemas comunes a Oriente y Occidente. No nos impactarían tanto las diferencias algunas de las cuales resultan periféricas, en comparación de esta convergencia hacia una inquietud común y hacia un punto de referencia que, en el fondo, es el mismo.

Ello es tanto más válido cuanto que las diferencias que hemos apuntado no son "exclusivas" de Oriente y Occidente, sino simplemente "predominantes" o más generalizadas. Pues, de hecho, todas las teorías pueden hallarse entre los filósofos orientales como entre los occidentales.

En cambio, la conciencia de que partimos de una experiencia humana que se plantea a sí misma en los mismos términos originales, y que se expresa con los mismos interrogantes acerca del ser y del destino del hombre, abre una nueva perspectiva para el estudio comparado de las filosofías de Oriente y Occidente.

LUGAR Y UBICACIÓN

J. E. BOLZAN

Pontificia Universidad Católica
Argentina — Facultad de Filosofía *

"Pero el tacto, el sentimiento, los discursos
concertados que entre mí hacia, me certifica-
ron que yo era allí entonces el que soy aquí
ahora."

CERVANTES, *Don Quijote*, II, 23

EN UN TRABAJO anterior, publicado en este mismo *anuario*,¹ sosteníamos que debe eliminarse del tratamiento filosófico del ser natural todo aquello que signifique aceptar en él y positivamente algún estatismo: el ser es y es indisolublemente dinámico (primordialmente con el dinamismo que comporta su acto de presencia), y su potencialidad sólo aparece, rigurosamente hablando, cuando un ser en concreto entra en interacción con otro ser; en cuyo caso, si se da un proceso con resultante no nula, es posible hablar de una relación de acción-pasión y desde ésta atribuir "potencialidad" al que en esas condiciones aparece como móvil. Todo cuanto se puede decir *del* ser surge fontalmente de la relación interactiva de *los* seres entre sí y con relación a nosotros: no hay camino real hacia el ser como no sea pasando por las horcas caudinas del *agere*.

Pero, a su vez, este *agere* debe ser interpretado con toda rigurosidad, siendo simple la substancia material como un todo la que co-existe y co-

* Director del Centro de Investigaciones Filosófico-Naturales y miembro de la Carrera de Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina.

¹ "La incompenetración de los cuerpos", *Anuario Humanitas*, 1974, n. 15, pp. 113 sigs., donde se hallarán también varias de las ideas básicas del presente escrito.

actúa: cuanto ella hace o a ella le hacen, lo hace o lo sufre en su totalidad intrínsecamente. Nada le acontece que no le acontezca a toda ella: cuando cambia su temperatura, o su color, o su figura, en verdad es ella la que cambia según su temperatura, o su color, o su figura. Esto, que es obvio cuando se lo aclara, no resulta tanto cuando se leen tan a menudo expresiones que parecen indicar la realidad de ciertas afecciones "superficiales" a la substancia misma, modificaciones que pretendidamente no la afectan en cuanto tal, sino en algunos de sus "aspectos"; tal acontece a menudo en ciertas concepciones de los cambios accidentales.

El ser es a tal punto indisolublemente presente y dinámico que todo ser, en la medida en que es y aisladamente considerado, es todo el ser. De aquí que si por absurdo existiera un único ser material en el universo, él sería el universo. La uni-versalidad del ser consiste precisamente en la diversidad que el hecho de existir múltiples seres impone a la unidad de ser cada uno; y el cosmos no es sino el macrosistema dinámico resultante del armónico co-existir de la pluralidad de microcosmos que es cada substancia material, pues ésta es, claro está, un en-sí, pero necesariamente —en la actual economía cósmica-con-otro, para-otro y, por consiguiente (carácter transitivo), gracias-a-otro.²

Este ser ex-tenso aparece entonces existiendo interactivamente, manifestando ahora como energía su acto de ser: en primer lugar, por su esencial ex-tensión o tensión "hacia afuera" y revelación primordial de su intención óptica; en segundo término y concomitantemente a la multiplicidad fáctica de substancias,³ porque su posición misma en el universo es una inter-posición o situación entre congéneres. Y esto es justamente lo que queremos decir cuando insistimos en que no existen, estrictamente hablando, acciones sino inter-acciones; de donde el principio de acción y reacción —caro a la física clásica pero original de Aristóteles—⁴ aparece cual la ley regulante de la existencia misma del cosmos.

Vale decir que toda substancia material ocupa su lugar en este universo entrando en necesaria interacción, ella misma como totalidad y la totalidad del cosmos, por contacto resultante de su ex-tensión, y conctato inmediato con la o las substancias contiguas, mediato con todas las demás.

² Cfr. nuestra obra: *Continuidad de la materia*, Buenos Aires, 1973, especialmente p. 93 sigs.

³ No importa al caso si se trata o no de multiplicidad de especies también.

⁴ ARISTÓTELES, *Phys.*, 202 a 6.

Si todo esto es así, es claro que "poner" una substancia en el universo es hacerla entrar necesariamente en interacción de contactos hasta provocar la aparición, entre ella y sus inmediatos vecinos, de "una relación como entre motor y móvil".⁵

Pues bien, cuando se repara en la conocida definición que de "lugar" se acepta corrientemente, tomándola de Aristóteles: "El límite inmediato e inmóvil del continente",⁶ es fácil verificar que se trata, en buena cuenta, de un concepto del más puro cuño geometrizable; la duda primero, la convicción después, hacen que dicha definición sea rechazable como perteneciente al plano de la filosofía natural, donde nada tiene que hacer una mera relación de superficies, siendo como son éstas, puros entes geométricos, ideales, entes de razón sin más consistencia óptica que la del hombre que los piensa.

Se ha tildado siempre, desde la ciencia, de cualitativismo el concepto aristotélico de "lugar"; ahora, desde nuestra perspectiva filosófico-natural, lo condenamos por irreal y —¡oh, paradoja!— por geometrizable.

Una relación entre cuerpos reales y, por ese mismo hecho, esencialmente dinámicos, no puede ser sino dinámica y a tal grado que cada par de individuos substanciales relacionados entre sí como contenido y continente comporta un estado de equilibrio dinámico, esto es: con resultante nula. Lo cual ha de entenderse estrictamente como la interacción de cada uno de aquéllos cual un todo; no se trata nunca de un interdinamismo epidérmico y "accidental", sino de equilibrio dinámico a tal extremo que ambos aparecen unificados en un único acto y sólo distinguibles "secundum rationem" en motor y móvil.

Así las cosas, es necesario admitir que la relación de contenido y continente resulta de un contacto que pone en juego —que altera como un todo— a uno y otro cuerpo. El lenguaje mismo es indicador de esta dinamicidad, pues cuando se dice que un cuerpo está en un lugar, lo que viene a significarse es que "está ahí"; y ésta es una frase tan breve cuanto profunda, pues si bien el "ahí" es una simple indicación geográfica y puede ser asimilado al "lugar" aristotélico, la realidad apuntada en el total de la frase

⁵ Justamente en eso consiste el contacto, según ARISTÓTELES, *De gen. corr.*, 323 a 22.

⁶ ARISTÓTELES, *Phys.*, 212 a 20.

no se agota en ese simple señalamiento localizante sino que especifica el ahí" con un determinante está" (= es). Nada menos que el *ser* aparece ahora, con toda su riqueza dinámica, con su total presencia energética (*ἐνέργεια*), dejando paso el estático "lugar" a una activa *ubicación*. Porque "estar (ser) ahí" responde propiamente a la pregunta: "Ubi?"; y antes aun de que se la especifique: "Ubi loci?", queda sobreentendido el: "Ubi est?". Donde se *está*, se *es* y se *actúa* —el ser es presencia— y se interactúa —el ser es co-presencia—; es decir que estar ubicado significa mantener el cuerpo de que se trate, una relación de equilibrio dinámico con el resto del universo mediando el cuerpo envolvente contiguo: toda modificación de la ubicación afecta, en la medida de su realidad concreta, la estructura toda del cosmos, y esto ha de entenderse con toda la amplitud que reclama, esto es: no sólo como alteración esquemática del universo o posicional de los cuerpos, sino cual alteración que, yendo más allá de lo meramente visible, afecta también a cada ser substancial intrínsecamente.

Si se entiende de este modo la ubicación, aparece tal vez bajo nueva luz la importancia que ya Aristóteles concede al movimiento local, pues no sólo es éste necesario para llegar las substancias al contacto previo a todo proceso posterior conducente a cambios (movimientos) de orden superior, sino que ya la más simple traslación provoca de hecho un cambio del cosmos todo, en el profundo sentido dicho (alteración de todas y cada una de las substancias cósmicas).

Es, pues, menester desechar el "lugar" geometrizable y estático en pro del "ubi" natural y, por ello, dinámico y, por ello también, intrínseco a lo ubicado. Hemos desembocado de este modo, como es evidente, en la reivindicación del antiguo, famoso y hasta ahora denostado *ubi intrínseco* (expresión redundante, estrictamente dicho). Este *ubi continúa* siendo una *relación*, tal cual lo es el pretendido lugar; pero no es una absurda relación puramente superficial —; como si la superficie de un cuerpo fuera algo físico—, ni es, como el lugar, una "denominatio pura extrínseca ex loco desumpta"⁷ —; como si algo extrínseco al ser pudiera tener realidad natural!—: lo que le acontece a la substancia material le acontece a toda ella —digámoslo una vez más— y nada, estrictamente dicho, a su "superficie". Puede, sí,

⁷ HOENEN, P., *Cosmología*, Roma, 5a., 1956, "Thesis 9". Tomamos a HOENEN como paradigma, pues su tratado es el más apreciado, y con razón, entre los cosmólogos contemporáneos; recorra el lector todo el largo y cuidadoso Capítulo II: "De loco et spatio", y podrá comprobar que a todo él subyace como lastre una concepción puramente lógica del "lugar", y su teoría de la "localización" hace patente este modo equívoco de tratar el tema.

hablarse del "lugar" y hacer de él la relación habitual entre superficies; pero entonces hay que declarar que ese "lugar" no pertenece al tratamiento *natural* del ser, siendo a la geometría a quien compete tratar de superficies y de contactos estáticos entre ellas (y ni aun así, pues tal como a dos puntos matemáticos no les queda sino coincidir en ser uno y el mismo, o estar distanciados, dos superficies matemáticas sólo pueden relacionarse según coincidencia o según distancia).

LUGAR Y ESPACIO

Aceptado que a la substancia material en cuanto tal y en su existir concreto con otras, lo primero que le acontece en estar *ubicada*, es claro que el lugar, como primera abstracción que es, aparece cual proto-espacio a simple volumen conteniendo actualmente un cuerpo —y cuerpo es aquí un abstracto dimensional de la substancia material—; el espacio aparecerá posteriormente ya en la ampliación indefinidamente proseguida según direccionalidad dimensiva de aquel proto-espacio surgido de la eliminación de la realidad substancial que comporta contenido y continente en inter-relación: llevada a cabo se alcanzan los elementos de esta relación simplemente superficial, surgiendo primero, las líneas que "representan" el continente (espacio geométrico, sistemas de coordenadas), y posteriormente, los puntos que "representan" la posición del contenido. La relación espacial resulta en líneas relacionantes (distancias).

Por consiguiente, el expolio de la substancia por obra de una experiencia matematizada conduce, en primera instancia, a cuerpos sólo tridimensionales que conforman un hueco o espacio relativo (lugar disponible); el "espacio" surge inmediatamente de la indefinida ampliación de estos "lugares", en rigor de uno cualesquiera de éstos; y cuando una ciencia experimental de la naturaleza recurra a este "espacio", deberá rellenarlo con algún sucedáneo de la substancia material (éter, campos).

LUGAR Y LUGAR NATURAL

El tema del "locus naturalis" adquiere también nueva perspectiva desde esta visualización de la *ubicación*. Como se recordará, aquella aristotélica del "lugar natural" como el lugar que le correspondía esencialmente a cada uno de sus "elementos", según una estructura cósmica de esferas concéntricas y una tierra central inmóvil, fue desechada y ridiculizada por una

astronomía pretendidamente heliocéntrica y una física pretendidamente explicativa con su teoría de la gravitación universal. Sin embargo, Van Melsen —para tomar ahora sólo un ejemplo— ha intentado recientemente una aguda y relativamente aceptable defensa de aquel “lugar natural”, distinguiendo entre “lugar natural” como “lugar físico” que le corresponde a una substancia en razón de su especificidad, y “lugar natural”, entendido como *tendencia* inherente a todo movimiento a finalizar —finalidad objetiva— en una posición concreta y debida a la presencia de un orden cósmico verificado en la legalidad natural.⁸

La conclusión de Van Melsen acerca de la inexistencia, actualmente, de lugares “naturales” para cada especie particular de substancia —conclusión motivada especialmente por una paralela consideración de la mecánica moderna— es aceptable como remate de su razonamiento, pero no tanto cuando de su fundamentación se trata. En efecto, ¿qué tendencia puede aducirse si se habla de “lugar” o relación superficial, en el sentido ya criticado? Si en la constitución misma de la relación contenido-continente hemos exigido la interacción, con mayor fuerza se impondrá ahora esta necesidad de considerar en toda su realidad dinámica a la substancia si se intenta dar sentido real a la “tendencia”, porque “tender” vale tanto como manifestar cierta propensión o inclinación hacia algo, y ello se verifica en determinada acción que se cumple pero que inevitablemente exige, como antecedente causal, una estructura particular de la substancia “tendenciosa”, por aquello de que “agere sequitur esse”.

Ésta es, nos parece, una correcta interpretación *ad mentem* de lo que Aristóteles dice a través de su tratamiento del problema del lugar no ya restringido a su *Physica* —donde aparece la dicha definición “more geometrico”—, sino mejor en sus tratados más *naturales*, especialmente en *De caelo*, 310 b. 1, ss., donde llega a decir que “trasladarse cada cuerpo a su lugar propio es trasladarse hacia su forma propia”;⁹ texto imposible de conformar a un concepto matematizante de lugar.

La única justificación, pues, que estimamos compatible con la naturalidad de “locus naturalis” surge desde el concepto de ubicación; apareciendo entonces extraordinariamente ampliado aquel “locus naturalis”, pues la naturalidad misma del *ubi* dice que *toda ubicación*, en tanto significa una

⁸ MELSEN, A. G. van, *The Philosophy of nature*, Pittsburgh, 1954, p. 169 sigs.

⁹ Cfr. especialm. 310 a 33. Texto oscuro, diversamente comentado y que hemos analizado —junto con otros anexos— en nuestro trabajo: “ARISTÓTELES, *De caelo*, 310 b. 11-14”, *Journal of the History of Philos.*, 1973, XI, 443 sigs.; *vid.* especialm. p. 449 sigs., para el “lugar natural” aristotélico.

relación de equilibrio dinámico entre contenido y continente, *es natural*. Precisamente, los cambios o procesos acontecerán cuando se descompense por algún medio aquel estado de equilibrio, y la ubicación natural *como tendencia* aflorará en el preciso momento en que se quiebre una determinada estabilidad: el cambio, en términos generales, no significa otra cosa que la descompensación —como origen— y la procura —como acto del cambio en cuanto tal— de un nuevo estado armónico de equilibrio —como finalidad—. Este equilibrio armónico, por ser equilibrio dinámico, será siempre susceptible de alteración; que en esto consiste la cosmicidad del cosmos: en ser una armonía precaria (como estado actual) y estable (como tendencia).

LUGAR Y TRASLACIÓN

Se impone ahora alguna aclaración especial para el típico “cambio de lugar” o movimiento de traslación. Cuando se habla del movimiento como “acto del ser en potencia en cuanto aun en potencia”, resulta claro ahora que se fabrica un híbrido de dudosa admisión en la filosofía, pues si bien la definición es correcta (al menos en cuanto pertenece al ámbito ontológico), no lo es la aplicación por haber declarado espurio al lugar como entidad natural; y la definición se queda así a mitad de camino, pues no puede acabar de entenderse cuál es la diferencia entre estar en un lugar que es “el límite inmediato e inmóvil del continente”, y en “otro” lugar que es “el límite inmediato e inmóvil del continente”: en realidad, nada ha cambiado desde el punto de vista del lugar y no se ve qué “potencialidad” del ser —también éste reducido a su superficie extrema— ha sido colmada.

Todo ese panorama se llena de sentido recurriendo a la ubicación, porque entonces siempre se tratará de substancias, de seres reales, con reales cambios del *ubi* y, consiguientemente, con reales cambios intrínsecos que colmen una intrínseca potencialidad, dando significado al *acto* que conquiste el móvil.

Tanto más claro es esto cuanto mayor es el énfasis que se pone en no descuidar la unidad cósmica pues entonces, como ha quedado dicho, deben entrar en juego inter-activo la substancia particular como totalidad con la totalidad del universo —mediata o inmediatamente—, y el cambio “antiperistático” que se produciría “según el lugar” se transforma en el real cambio antiperistático “según el *ubi*”, con toda la carga de “ser” que ello comporta.

Queden, pues, reemplazados, en filosofía natural: el "estar localizado" por el "estar ubicado"; el "lugar" por el "ubi"; y la "localización" por la "ubicación"; dejando en manos de la ciencia el "lugar" y el "espacio" como los entes de razón que realmente son.

PERFILES SOBRE CASO Y VASCONCELOS

II

JOSÉ SALVADOR GUANDIQUE

Profesor del Centro de Estudios de la
Fuerza Armada de El Salvador

EL AÑO pasado publicamos en estas páginas la primera parte de un esorcio destinado a contrastar siquiera someramente, a los máximos filósofos del México contemporáneo, pero si entonces enfocaríamos a don Antonio ahora haremos lo propio con don José, a quien, entre paréntesis, tratamos con mayor intimidad desde 1949, cuando le conocimos al frente de la Biblioteca "México", en la histórica *Ciudadela* de la ciudad de los palacios, también de los contrastes.¹

El primero de julio de 1959, al ser sepultado en el Panteón Jardín de la capital de Anáhuac, "el mexicano más grande del siglo", llevó la palabra a nombre del Gobierno don Jaime Torres Bodet, a la sazón, si mal no recuerdo, Ministro de Relaciones Exteriores, o de Educación, ferviente vasconceliano,

¹ En el prólogo a mi segundo libro, *Itinerario Filosófico*, que lleva éste desde su segunda edición, aparecido en la quinta con el nombre *Introducción a la Filosofía* —Ed. Jus, México, D. F., 1975—, el Maestro alude al tiempo en que nos conocimos con posterioridad a dichas líneas que fueron para el suscrito un auténtico espaldarazo intelectual:

"No me tocó a mí coincidir con Guandique en México, pero he recogido por aquí algo de su estela hecha de amistad y de talento. El cariño con que recuerdo su estancia entre nosotros, me complace, porque confirma la lenta realización del viejo anhelo que se empeña en hacer del continente hispánico una sola familia repartida en mansiones nacionales diversas y enriquecida con puntos de vista originales y vigorosos, en colaboración fraterna con la más amplia tarea de humanidad entera" México, D. F., 11 de noviembre de 1948.